

Una historia de amor.

*Mira que eres canalla
Eso no se hace a quien te quiere bien*

.....
*Cómo olvidar de pronto
Aquellos años en Carabanchel...
Cómo has caído, Luis, si tú eres un
Sentimental*

*Luis Eduardo Aute
'Mira que eres canalla, Luís'*

Se nos ha muerto Luis Eduardo Aute. Confieso que no he seguido demasiado su trayectoria salvo algunas canciones, y siempre me gustaron más sus letras que su música. Exceptuada, por supuesto, 'Al alba', que todavía hoy me eriza la piel y me trae muchos recuerdos, duros recuerdos.

Uno especial: un 27 de septiembre de 2015, en el gran salón de la sede de CCOO en Madrid en donde su interpretación 'a capela' de 'al alba' nos deja a todos tocados. Era el 40 aniversario de los últimos fusilamientos del franquismo.

Se dice que Aute es el poeta del amor, que todas sus canciones son canciones de amor y él mismo decía algo así, perdón Eduardo, como que el amor es un invento del ser humano para sobrevivir en un mundo en el que no sabemos qué somos ni a dónde vamos.

Hablemos pues del amor: los hay largos, que duran toda una vida, los hay cortos de unos pocos años o de un día; los hay correspondidos, los hay con rechazo incluido, los hay infelices, casi todos según el poeta francés Louis Aragon; los hay con sexo, mucho sexo al principio, menos después, los hay sin sexo...

Contaré uno de esos muy raros, que comienzan un día, que no incluyen sexo, que no requieren la cercanía física, que pueden incluso hibernar durante años, pero que están ahí y que duran para siempre porque tuvieron un inicio muy especial.

En nuestro caso, un inicio entre rejas, porque los dos protagonistas estábamos en la cárcel y, porque las rejas de la celda tuvieron un papel crucial. Más que entre rejas podríamos decir 'de reja a reja'.

Era 1973. Un ocho de septiembre, yo, con 23 años, llegué a la tercera galería de la cárcel de Carabanchel en Madrid. Había pasado tres días en la Dirección General de Seguridad en donde, entre las celdas del sótano y los despachos de la policía, había recibido mi ración de palizas y torturas y había tenido el honor de conocer a Roberto Conesa, jefe de la siniestra BPS –brigada político social- del franquismo-, y a sus acólitos. También había pasado cinco días

aislado en una celda en la primera galería, lo que en el argot carcelario se llamaba 'periodo', previo a la integración en la vida de la cárcel.

Me sumé a la comuna de presos que me correspondía por militancia (la del FRAP) y me asignaron una celda, primero solo y después con mi querido amigo y camarada de sumario, Juanjo, que luego ha sido un conocido escritor y poeta bajo el seudónimo de Juan Gato, además de afamado abogado laboralista. Viví una corta huelga de hambre que coincidió con la muerte de Carrero el 20 de diciembre, unos días de castigo en aislamiento y una nueva celda para mí solo, esta vez la número 86.

La galería era un enorme, ancho y largo pasillo en el que se alineaban las celdas a ambos lados. Tenía cuatro plantas, la primera a ras de suelo y en las otras tres las puertas de las celdas daban a un corredor asomado sobre el piso bajo. Un enorme espacio abierto en el que la barandilla te protegía de una caída al vacío. En el último piso estaban los que ahora llamaríamos transexuales. El franquismo les aplicaba una 'ley de vagos y maleantes' y los metía en la cárcel sin cargo alguno. Recuerdo que uno se suicidó lanzándose al vacío cuando nosotros entrábamos del patio.

Los presos políticos ocupábamos la primera planta. Y la celda 86, mi celda, era la última, al fondo de la galería, a la derecha. Allí pasaría más de año y medio de mi vida. Desde la ventana, aupándome, y a través de una fuerte reja, podía ver el barrio de Carabanchel, podía ver la vida, las luces de las casas por las noches.

Y en la celda contigua, la 87 estaba mi camarada Luís. Militaba también, como yo, en el PCE(m-l) y llevaba más tiempo en la cárcel. Muy poco mayor que yo y sí, era el Luís de la canción de Aute, el canalla.

Pero era, y es, un canalla entrañable, de esos canallas que gustan tanto a las mujeres, o al menos a un porcentaje muy elevado. Vamos, que lo nuestro en eso de las mujeres era pura dialéctica: la tesis –Luís- y la antítesis –yo. No sabría decir quién es la síntesis ni siquiera si la hay. Quizás por eso o por la situación, lo nuestro floreció enseguida y ha durado cuarenta y cinco años.

Si esto fuera una película, y supongamos que sea así en honor a la cinefilia de Luis, podríamos hacer una toma desde arriba, con dos jóvenes encerrados en completa soledad por la noche, en rectángulos contiguos, después del último recuento de presos y del chapado (cierre -usemos un término de argot carcelario). La cárcel es dura, pero una celda de tres por cuatro metros, sin posibilidad de salida hasta las ocho de la mañana del día siguiente, genera una terrible sensación de soledad y de tristeza e invita a pensamientos negros y duros.

Luis y yo, con una pared de por medio, hablábamos. Hablábamos mucho de todo. Nos encaramábamos a la reja de nuestra única ventana, de pie sobre la cama, sin vernos, como quien habla a la luna o al pueblo de Madrid (en nuestro caso y dada nuestra militancia, eso suena más épico). Colgados de aquellas rejas que eran a la vez nuestra prisión y nuestra ventana de libertad. Nadie nos podía impedir hablar.

'Mira, en aquella casa de allí enfrente, la torre blanca, en aquella ventanita con luz están mi compañera y mis hijos' me decía Luís. Y contaba sus recuerdos felices con su familia.

Y hablábamos de nuestras parejas, de nuestras familias, de lo que había representado el franquismo para ellas, de la tía de Luís, tantos años en la cárcel, de su tío fusilado, de los años de mi padre en un campo de concentración, de mi tío Juan, muerto en Mathausen. Hablábamos del miedo, del miedo que se respiraba en las casas y del miedo que nosotros habíamos pasado en determinados momentos de nuestra militancia.

Hablábamos del futuro, de esa revolución que íbamos a hacer, ¡ay!, de esas banderas que acabarían rotas, como nos enseñó Labordeta años después.

Hablábamos de alegría, de mujeres, naturalmente. ¡Yo tenía tanto que aprender y Luís tanto que enseñar! Y de la vida, del aire libre, del futuro, de lo que haríamos al salir de aquel encierro. En fin, de tantas cosas.

Era lo mejor de cada día. Aquellas charlas.

Tiempo después a Luis lo trasladaron a otra cárcel y yo me quedé allí. Ya no sé quién ocupó su lugar en la celda contigua pero si recuerdo que nadie ocupó su lugar en mis noches. Las noches ya no fueron lo mismo.

Luego estuvimos muchos años sin vernos. Yo siempre recordé aquellas charlas nocturnas largas y tranquilas desde las rejas, sin vernos, sin saber si el otro reía o lloraba. Creo que Luis también. Un buen día, muchos años después (ya contaré esto en otro lugar), nos reencontramos y nos sentimos como si fuera el día siguiente de nuestra última noche de charla, seguimos hablando como si ni un solo día hubiera interrumpido nuestra rutina nocturna.

Yo creo que eso es amor. Y es de los que duran para siempre, querido amigo, querido camarada

P. Orensa